

LA NOVELA
DE HOY



El Padre Jorrelito

POR CARLOS LUIS DE CUENCA

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPANA

T. 13824 J4 C.

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZABAL, 42. :: Teléfono 24-53 J. :: Apartado 473

Año II

Madrid, 24 Agosto 1923

Núm. 67

El Padre Joselito

NOVELA POR

CARLOS LUIS DE CUENCA

Ilustraciones de RAMOS



MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 30.

1923

LEA USTED

LA VIDA

SEMANARIO FESTIVO

COLABORACIÓN DE LOS MEJORES
ESCRITORES Y LOS MÁS EXIMIOS

===== DIBUJANTES =====

DIEZ Y SEIS GRANDES PÁGINAS

LA VIDA

CULTIVA EL HUMORISMO PICA-
resco, DENTRO DEL MÁS DEPU-
-> RADO GUSTO LITERARIO. >:

Precio: 15 céntimos ejemplar.

A MANERA DE PROLOGO

¡SUERTE QUE TIENE UNO!

Carlos Luis de Cuenca, ilustre escritor, poeta festivo de verdadera gracia, es uno de los autores que más fácilmente dominan la amenidad, cualidad esencialísima en la literatura. Un gran escritor que no sea ameno, no llegaría nunca al gran público, y en cambio se puede dar el caso de que un novelista ameno, aun siendo deleznable como literato, conquiste las caricias de una gran masa de lectores, que buscan los libros ante todo y sobre todo, por pasar un rato agradable, por distraerse...

—Nací en esta corte—nos dice Carlos Luis de Cuenca con su gracejo peculiar—, en la calle Mayor, y no cito el número porque la casa ha desaparecido, convirtiéndose el solar en una plaza diminuta, frente a los portales de Ciudad Rodrigo. ¡No va a ser posible, como usted ve, colocar una lápida conmemorativa de mi nacimiento, y no sé cómo se las arreglará el Municipio para inmortalizarme en su día: por lo pronto han erigido allí un quiosco... de necesidad!

—¿Qué edad tiene usted?

—¡Tengo setenta y tres años como setenta y tres soles! Realmente, es una desgracia tener que seguir trabajando como si tuviera treinta; pero, ¡caray!, también es una suerte poder hacerlo como a los veinte, ¿no le parece a usted?

—¿De cuándo data su vocación literaria?

—La he sentido desde chico. En el colegio de San Antón escribí en un periódico (clandestino, por supuesto), en el que me solté a versificar.

—Deme algún detalle de su vida, de su lucha, de sus contrariedades, de la envidia, de sus enemigos...

—A mi padre, temeroso sin duda de que la afición a los versos me despistara del estudio, le disgustaba cuando alguien, creyendo halagarle, le hablaba de alguna composición mía, por lo cual, durante los años que todo el mundo lucha por hacerse un nombre, yo me esforzaba por ocultar el mío y escribía con seudónimos que cambiaba con frecuencia. Durante muchos años he escrito por el gusto de hacerlo, sin pensar en utilidad alguna, y como a nadie le estorbaba, nadie se metía conmigo. En otros órdenes de la vida, que yo me he buscado por caminos completamente prosaicos, la envidia por que usted me pregunta, no sólo sintió tristeza de mi bien, sino que procuró quitármelo, reventándome de propina. Me ha costado muchas amarguras librarme de las asechanzas de enemigos encubiertos, que eran muy poderosos los pícaros, pero ¿a qué hablar de ellos, si los pobres ya se han muerto todos?

—¿Cuál ha sido la mayor satisfacción de su vida?

—Yo creo que la mayor satisfacción de mi vida literaria la experimenté una mañana que, al despertar, me entraron "El Imparcial" y me encontré con un artículo de "Clarín", que por entonces daba cada palo que cantaba el misterio, dedicándome el elogio más cariñoso que yo podía soñar.

—¿Cuál de sus obras prefiere?

—Ya sabe usted, amigo Artemio, que a todos los padres el hijo que les hace más gracia es el más chiquitín.

¿Cuál cree que es el escritor más grande que ha existido?

—¡Hombre! ¡El más grande, el más grandel... Vamos a poner Víctor Hugo.

—¿Cuál de sus obras le ha producido más dinero?

—La obra que más me ha producido es, a mi juicio, la peor. Permítame que no la nombre, porque la pobre está todavía en producto y no me parece bien desacreditarla...

—¿Cuáles son sus gustos predilectos? Francamente...

—Durante muchos años, representar comedias, y siempre, fumar, pintar, escuchar buena música y comprar todas esas chucherías modernas, maravillosas, que muchas veces no sirven para nada.

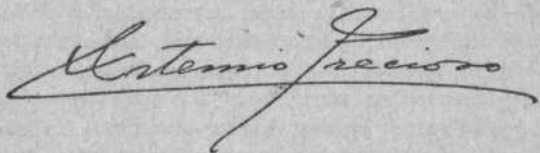
—¿Le gustan a usted más las morenas o las rubias?

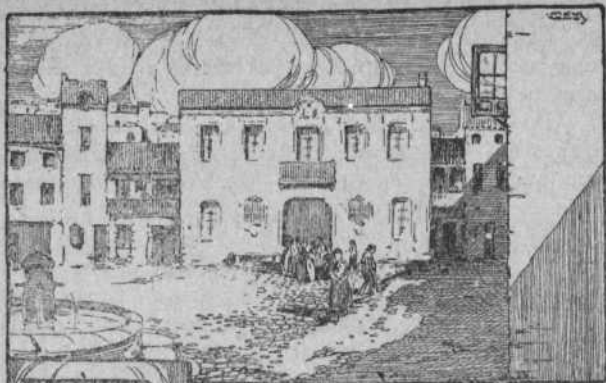
—No sé qué decirle, porque yo he cantado a las morenas, he bailado a las rubias, y no he llegado a distinguir cuáles son más bonitas, cuando lo son, en esas, que muchas veces no sirven para nada.

—Dígame algo más, algo más...

—Conste, mi querido director y amigo, que de mi vida literaria no tengo queja alguna. La mayor parte de mi producción han sido composiciones sueltas que he recitado yo mismo, entendiéndome así directamente con el público, sin intermediarios. Yo he procurado con toda mi alma complacer al público, y éste me ha correspondido con tal largueza, que si ajustáramos cuentas saldría yo alcanzado. Como compensación a mi pícaro encogimiento de genio, me ha dado Dios una serie de amigos que me han abierto bondadosamente las puertas de la notoriedad. Usted mismo, ¿no me ha pedido una novela y está recogiendo estas insignificantes impresiones mías, como si se tratara de una personalidad ilustre? Nada, amigo Artemio; que yo puedo repetir la frase del torero famoso: —"Suerte que tiene uno!"

Y así terminó mi entrevista con Carlos Luis de Cuenca, el amenísimo escritor que, a los setenta y tantos años, tiene el despejo mental y el juvenil humor de un hombre de veinticinco años...

A handwritten signature in dark ink, reading "Artemio Precioso". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal line extending from the end of the name.



I

DOÑA TILA

En la plaza Mayor de Colmenarejo de la Sierra, plaza orgullosa en esto de llamarse la Mayor no habiendo otra en el pueblo, ni chica ni grande, tenía su casa solariega la muy ilustre señora doña Domitila Sánchez Barandiarán, viuda de Pérez Carranque, a quien la gente, ahorrando letras del nombre y restituyendo los apellidos compuestos a su pristina sencillez, llamaba doña Tila Sánchez, y más comúnmente doña Tila a secas.

En el amplio zaguán de aquella casa se desarrollaba una mañana de abril la siguiente escena de conjunto entre una turba de mendigos:

—¡Que Dios se lo pague a usted y San Antonio bendito, doña Tila!—gritaba una pobre que llevaba

una criatura desmedrada en los brazos y de la mano otra también enclenque.

—¡Y que la dé retেমuchísimo que dar, pa bien de la prueba—añadía una viejecilla más arrugada que una nuez, golpeando el suelo con su báculo para dar más energía a la palabra.

—¡Y que Dios la bendiga y la rebendiga, como madre de los probes, que lo es; y que Dios nos dé a todos la gloria si nos conviene! Amén—salmodiaba un ciego con voz atiplada, el cual, para dirigir estos votos a doña Tila, levantaba la cabeza como si la señora anduviera por las nubes.

—¡Viva doña Tila! ¡Viva!—clamó el coró general, del que los tres primeros parecían los partiquinos.

—¡Bueno, bueno, basta!—les repetía la aclamada señora—. Andad con Dios. Y con afables palmaditas en las espaldas, los iba encaminando hacia la puerta de la calle.

En este desfile acertó a pasar junto a doña Tila un tipo lastimoso de muchacho, tan enano, jiboso y patizambo, que daba lástima mirarle, y con una cara de píllo que daba miedo verle; y, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, cogió una mano a la señora y la cubrió de besos, entrecortados por los gritos que daba a voz en cuello:

—¡Viva Santa Tila! ¡La Santa! ¡La Santa!

—Calla, por Dios, chiquillo—le decía conmovidísima doña Tila—, ¡no vayan a creer que te lo mando yo decir!

—¡Qué ha de creer, señora, qué ha de creer nadie eso!—dijo don Raúl Pérez, que en aquel momento



llegaba de la calle, tan afeitado, peinado y compuesto como si fuera a una boda.

—Sólo faltaba usted, Raúl—le dijo doña Tila, muy encendida de rostro, que lo mismo puede ser rubor de modestia que sofocación de vanidad—. ¡Sólo faltaba que viniera usted a darles alas!

—No necesitan que nadie se las dé, mi insigne bienhechora; las almas agradecidas las tienen para surgir, para volar, para proclamar, para...

—Calle usted, Raúl, o me enfado—gritó la señora en tono conminatorio, a los que se allanó inmediatamente el entusiasmado caballero, murmurando entre dientes:

—¡Soy un sepulcro!

Fueron los pobres saliendo a la calle sin cesar de vitorear a la Santa, que a cada viva parecía más alterada, mientras el zalamero de don Raúl la decía:

—Pero si los pobrecitos la tienen por Santa, ¿por qué no lo han de decir?

—¡Desengáñese usted, Raúl, que lo de santa es demasiado!

—¿Demasiado?

—¡Es una atrocidad!

—¿Atrocidad? Me río yo de Santa Isabel, Reina de Hungría, y de Santa Gertrudis la Magna, y de...

No concebía don Raúl el elogio de mérito alguno sin reírse previamente de alguien que le hubiera poseído en grado eminente. Jamás celebró a un general sin reírse antes de Napoleón I, ni alabó a orador alguno sin su risa correspondiente para Cicerón, y no es de extrañar, por ende, que para canonizar de

golpe y porrazo a su *insigne bienhechora*, comenzara por reírse de la corte celestial.

Tapándose los oídos con las manos, se retiraba doña Tila al interior de la casa, y don Raúl la seguía diciéndola:

—Bueno. Hemos concluido. ¿A usted no le gusta que la llamen santa? Pues no se lo llamaremos; pero destape usted esos oídos, porque tiene usted que escuchar cosas buenas y gordas que vengo a contarla.

—¿Del Santo varón?—dijo, guiñando un ojo con malicia.

—Del mismo que viste y calza; pero no puede usted imaginar todo lo gordo que es lo que vengo a contarla. Un escándalo que yo creo debemos poner en conocimiento de S. I.

—¿Nosotros? Y no habría un medio indirecto...

—Perdone usted, mi *insigne bienhechora*. El señor obispo llegará aquí dentro de breves días, como usted sabe, haciendo su visita pastoral, y al enterarse de lo ocurrido por el rumor público, se quejaría, con muchísima razón, de que nosotros, los incondicionales, se lo hubiéramos ocultado. Yo opino, salvo su ilustrado parecer, que debo ir yo mismo a la capital y enterar al prelado de palabra, porque estas cosas son muy delicadas para confiarlas a la pluma.

—Tiene usted razón. ¡Está usted en todo!—dijo la señora, sinceramente admirada del talento de Pérez (don Raúl)—; pero sepamos qué es ello. Pase usted, pase usted—y abrió la pesada puerta de cuarterones del despacho en que tenía su bufete el difunto Pérez-Carranque, que era la habitación en que

solia celebrar las conferencias que requerían cierta solemnidad.

Apenas entraron cerró inmediatamente la puerta y ocupó la poltrona ante la mesa de despacho con el empaque de un presidente de Sala, y frontero a ella se instaló don Raúl, dispuesto a ejercer de relator en aquel pleito.

Frisaba doña Tila en la cincuentena, sin que me atreva a determinar de qué lado frisaba, aunque me inclino a suponer que frisaría del lado de allá.

Sin ser precisamente baja de estatura, parecía menos alta por la desproporcionada amplitud de sus formas, y como era, además, algo corta de talle y de gran desarrollo torácico, esto la producía cierto embotijamiento, que no había logrado corregir corsetera alguna.

Dicen que en su juventud era guapa inclusive, y todavía de frente tenía buen ver, con sus ojos azules un poquito saltones para mi gusto, su blanco cutis, su pelo rubio y ondeado, mantenido heroicamente en su color por los adelantos de la química, y su boca graciosa, sonriente por costumbre inveterada con entera independencia del estado de su ánimo. Vista de perfil no era tan simpática. Echábase de ver entonces la cerrada curva de su naricilla, que parecía estar citada con la barbilla a una íntima conferencia, a la que la barbilla se apresuraba a asistir levantándose puntiaguda.

Don Raúl tendría sus cuarenta a lo sumo, y era alto y proporcionado de carnes, ágil y flexible para hacer tres cortesías por segundo, porque en esto de

los cumplimientos era de tiro rápido, y no tenía, físicamente, más que un defecto, que venía a contradecir aquel principio de la biología que asegura que la función crea el órgano, pues don Raúl se había pasado la vida oliendo donde guisaban, y sin embargo era chato.

Si en lo físico no acusaba la persona de doña Tila rasgo notable que la diferenciara del montón, en lo moral era digna de que un observador más perspicaz que este que la describe la hubiera estudiado a fondo.

La acabamos de ver aclamada como madre de los pobres, y aunque no concedamos gran valor a los extremosos encomios de los favorecidos en los momentos inmediatos al favor, pues no parece sino que tienen prisa por soltar la carga de la gratitud, según la prisa que se dan a gastarla, es de justicia reconocer que era consoladora de muchas lágrimas y que su bolsillo estaba siempre abierto para la limosna. Hacer un beneficio era una de las mayores satisfacciones de su vida, y le ocurría, como yo creo que le sucede a muchísima gente, que tomaba cariño a los favorecidos.

Con honrosas excepciones, lo general es que la satisfacción del bienhechor constituye un halago de su vanidad, mientras la gratitud resulta una humillación del amor propio. Por esta teoría me explico yo una porción de protecciones y un sinnúmero de ingratitudes.

Al conocimiento del carácter de esta mujer singular debía don Raúl todo lo que era y lo que pensaba ser.

Era don Raúl administrador de rentas en Colmenarejo cuando en un viaje a la corte le ocurrió un gravísimo percance. Bien fuese, como él contaba, que se las hubiera substraído un habilísimo ratero, al atravesar la Puerta del Sol; bien que los culpables de aquel despojo fueran la sota de bastos y el caballo de copas, como decían malas lenguas, el caso fué que el hombre se encontró sin quince mil pesetas de la Hacienda.

Don Raúl se vió perdido y hasta pensó en suicidarse; pero antes apeló a un recurso supremo y se presentó a doña Domitila, a quien expuso claramente su situación, para acabar diciéndola:

—Señora, ya sé que es una locura pretender una limosna de tres mil duros: sin embargo antes de matarme, único recurso que me queda para no ir a presidio, he querido saber si tiene usted corazón y arranque para salvar la honra y la vida de un hombre a ese precio.

¿Fué rasgo de piedad suprema ante una gran desgracia? ¿Fué sugestión irresistible de su voluntad? ¿Fueron muchas cosas juntas? Ni la misma doña Tila nos lo podría explicar, porque tiene el alma humana tantos rincones y recovecos que ni el mismo interesado los llega a conocer del todo por muchos años que viva.

El caso es que doña Tila salvó a Raúl y que éste se dedicó a recordarle constantemente el beneficio, con tal arte que a la mujer le duraba la satisfacción de un modo permanente y acabó por tomarle un gran cariño.

Don Raúl llegó a ser administrador de sus cuantiosos bienes con buen sueldo y los gajes inherentes al cargo y fué concejal y hasta alcalde de Colmenarejo.

Hay que advertir que este sujeto era el reverso de la medalla de la generalidad de las gentes: no decía a nadie nada desagradable; antes al contrario, había hecho un verdadero estudio del modo de decir a todo el mundo lo que le fuera más grato, y dejaba tamañitos a los mayores aduladores que en el mundo han sido en el difícil cultivo de la vanidad ajena.

Para don Raúl todo el mundo era bueno, guapo, simpático y talentado... menos el cura párroco de Colmenarejo. ¿Por qué? Pues sencillamente porque doña Tila le odiaba. “¡Pero hombre!—dirá seguramente el lector—. Y ¿cómo una señora tan buena y tan caritativa tenía ese odio al padre cura?” Cuestión es ésta que merece capítulo aparte.

II

HISTORIA DE AGRAVIOS

En los catorce años y tres meses que duró su matrimonio no tuvo doña Tila fruto de bendición; pero el demonio, consecuente con el refrán, la había dotado de sobrinos. Su hermano don Eleuterio, contratista de obras públicas, había dejado a su fallecimiento dos hijos: Elenita, que se casó con un norteamericano y se había ido con él a California, y Arturito, que se había quedado en España, y más hubiera valido que él y no su hermana se hubiera ido a doscientas mil leguas, porque la criatura era lo que se llama una bala perdida. La cual bala, perdida y todo, siempre acertaba a dar en el blanco del bolsillo de su señora tía, paño de lágrimas de todos sus apuros.

Varias veces le había tenido que salvar de conflictos de honor, porque Arturito solía tener el honor de jugar, bajo su palabra, en los altos círculos que frecuentaba sin posición para alternar con la gente que a ellos concurría.

No hay que decir lo que doña Tila quería a aquel

mala cabeza, que sin ella, su tía, se hubiera visto perdido; pero a pesar de todo su cariño, los sabios consejos de don Raúl la habían persuadido de que era preciso cerrarse un poco a la banda y atar algo más corto a aquel mocito; así que a dos o tres cuentos tártaros de su sobrino pidiéndole urgentemente dinero había contestado dándole más consejos que pesetas.

Al ver Arturo la ineficacia del procedimiento epistolar decidió emplear el más sugestivo de la presencia, y se trasladó al pueblo con un plan verdaderamente maquiavélico.

Presentóse hastiado de aquella intranquila y desordenada vida que estaba llevando, y resuelto a contraer matrimonio para sentar de una vez la cabeza y ser un hombre formal, como era debido; ¡pero las mujeres de las grandes urbes distaban tanto del ideal de la mujercita de su casa que él había soñado! Esto era lo que principalmente venía a consultar con su tía Tila, que tanto le quería y tan leal y noblemente le había de aconsejar.

Varios días llevaba en el pueblo, mostrando una seriedad, un aplomo y unas ideas, que su tía se decía al verle y oírlo:

—Indudablemente, este muchacho es otro.

Una tarde, después de paseo, llegó a casa y, abrazándose a doña Tila, le dijo:

—¡Tía de mi alma! ¿Usted cree en los sueños?

—¿Por qué lo dices?

—Porque llevo tres noches consecutivas soñando con un angelito que descorre un cortinaje de nubes y me enseña un retrato de una jovencita rubia, diciéndome

me: "Esta es la que te conviene. ¡Busca, busca, que quizá no esté lejos"!

—¡Sí que es extraño!

—Pero fíjese usted, tía! ¡Tres noches seguidas! A mí no me hubiera chocado soñarlo una vez; ¡sueña uno cosas tan raras!... ¡Pero tres! ¡Tres! Y siempre exactamente igual.

—¡Tienes razón; es rarísimo!

—¡Bueno! Pues eso no es nada para lo que va usted a oír. Al pasar esta tarde por delante de la iglesia salía de ella una joven rubia, igual, tía, igual que la del sueño. Usted ya me conoce y sabe que a mí no me ha dado nunca por lo romántico...

—No, hijo, no.

—Pues bien; me dió un vuelco el corazón y no pude apartar los ojos de aquella preciosidad hasta que se entró en la casa del padre José, nuestro virtuoso párroco.

—¡Ah! ¡Entonces se trata de su sobrina Clara! ¡Ya lo creo que es bonita! ¡Y tan buena, tan fina, tan bien educada!... ¡Se educó en un colegio de Francia, ahí donde la ves, y la pobrecita bien desgraciada en su infancia!...

—Tía, no se lo diga usted a nadie. ¡Estoy locamente enamorado de esa criatura! Dicen que las grandes pasiones entran así, de pronto.

—¡Quó alegría me darías si eso cuajara!

—Por mí no ha de quedar. Se lo juro a usted por...

El tunante de Arturo no se proponía otra cosa sino que su tía, con vistas a su matrimonio, le arreglase de una vez las trampas de soltero, y después... no

faltaría un pretexto para romper y volver a campar por sus respetos.

Vió doña Tila el cielo abierto, porque siempre había dicho que el loco de su sobrino no sería un hombre cabal hasta que, harto de aventuras, se casara.

¿Y qué mayor suerte ni qué honor más grande para aquella muchachita, hoy humilde, que verse de la noche a la mañana casada con un Sánchez-Barandiarán, llamado a ser riquísimo con la herencia de doña Tila?

Se entablaron las negociaciones, y, ¡cosa inaudita!, Clara no quiso dejar sus relaciones con Felipe Vázquez, un mocetón del pueblo, encargado de la ganadería del Marqués de Torronteras.

Se acudió al señor cura, su tío, para que interpusiera su eficacísima influencia con la joven, y ¡cosa más inaudita todavía!, no sólo no obligó a su sobrina a casarse con Arturito, sino que veía con mejores ojos la boda con el mocetón humilde que con un señorito loco y vicioso.

¡Ay! ¡Tenía el buen cura muy cercano el ejemplo del funesto resultado de esas uniones hechas al vuelo, al calor de un enamoramiento pasajero entre personas de distinta condición social! Su hermana, después de una brevísima luna de miel, se había visto humillada, olvidada por aquel que parecía tan enamorado de ella, y después de años de sufrimientos, abandonada en el extranjero. Primero el desertor del hogar la mandaba dinero para su manutención y educación de su hija Clara en un gran colegio de París; luego no se volvió a saber de él, y madre e hija pa-



saron estrecheces muy grandes hasta que el hermano pudo recogerlas y guardarlas en su compañía.

Pero doña Tila no entendía de estos escrúpulos. Para ella lo único positivo e indudable era que el cura la había desairado. ¡A ella! A doña Tila, ¡que desde que había nacido conservaba la voluntad virgen! Aquel hombre era ya incompatible con ella y tenía que saltar de Colmenarejo; deseo y propósito al que cooperaba don Raúl con toda eficacia para ser grato a su ilustre protectora.

Dos años llevaban ambos de buscar la ruina del pobre párroco, que era la persona más buena que puede imaginarse, y una vez, con motivo de unos sermones en que trataba de cuestiones sociales, creyó don Raúl tenerle cogido, tanto, que denunció al señor obispo frases pronunciadas en el púlpito que, según su interpretación, eran *subversivas para el orden social y alentadoras del odio de los pobres a los ricos*.

Desgraciadamente para don Raúl y afortunadamente para el padre José, el prelado vió que las frases eran fiel reproducción de párrafos de la Encíclica de León XIII *Rerum novarum*, que el taimado don Raúl creía anárquicas o poco menos, con lo que vino a hacer lo que en el vulgar lenguaje llamamos una plancha.

No tuvieron mejor éxito otras intentonas; pero esta vez, ¡oh!, lo que es esta vez le tenía cogido, y el obispo saltaría. ¿No había de saltar?

Doña Tila, al saber el suceso, no pudo reprimir un grito de asombro.

—¿Pero es posible, Raúl? ¿Pero es posible? ¿Es cierto que el padre José ha corrido una juerga, como

ustedes dicen, con el marquesito de las Torrenteras y sus amigos, y que en su finca ha toreado un becerro ese hombre? ¡Qué horror! ¡Un sacerdote!

—¡Si no lo hubiese presenciado yo mismo desde el cerrillo al volver a caballo de la dehesa de Pinilla, no lo hubiera creído!...

—¡Jesús!... ¡Jesús!... Vea usted al obispo, Raúl; véalo usted inmediatamente. Que le enganchen el coche de colleras. ¡El padre José!...

—¡Por lo visto *el padre Joselito* por lo torero!

—¡Es cierto! Ja, ja, ja. ¡*El padre Joselito*! Está bien puesto el mote.

III

EL PADRE JOSÉ

¡Bien ajeno estaba el virtuoso cura de Colmenarejo de lo que contra él se tramaba! En compañía de su hermana, su sobrina y de la moza serrana que les servía, aljofifaban, limpiaban y disponían la casa que había de albergar a su ilustrísima en los días de su pastoral visita, encantados de tener por huésped persona por ellos tan respetada. ¡Pobre gente! ¡Valiente disgusto les esperaba!

La historia del padre José era, en verdad, curiosa. Nació en una hermosa finca de Andalucía, donde su padre estaba de encargado de una famosa ganadería de reses bravas, y desde pequeño mostró tal afición y tales aptitudes para el toreo que en este género de habilidades era un verdadero niño prodigio. Al llegar al mozo le vió torear el matador retirado *El Gordo* y dijo pontificalmente:

—Si este chiquiyo no se jecha p'atrás ante los toro grande, va a ser el que quite los moños a toa la to-



rería de este mundo y del extranjero. Se trae un toreo... ¿cómo diría yo? ¡Matemático!

El “chiquiyo” no se “jechaba p'atrás” ni mucho menos. En las capeas, ante toros de desecho, más grandes, más viejos y de más cuidado que los que se corren en las grandes plazas, tenía una serenidad asombrosa. Según el maestro, lanceaba de capa con una soltura de brazos y una elegancia dignas de Cayetano Sanz; señalaba con dos palitroques las banderillas al sesgo y al quiebro como él, salva sea la modestia, y marcando con una vara las estocadas, se iba a reír de los volapiés del *Tato*.

Llegó el día de estrenarse en una plaza de provincias y Pepillo vistió el traje de luces, y en los lances de capa que dió al primer toro, la gente se volvió loca de entusiasmo. Al tocar a banderillas, y a petición del público, cogió los palos, citó, se fué al toro andando despacio, cuadró admirablemente y al llegar el instante de meter los brazos los levantó de pronto e hizo una salida falsa. Gran extrañeza del público. “¿Qué habrá visto?”, se preguntaban los inteligentes.

Cita de nuevo, espera, quiebra perfectamente y tampoco pincha. Y así dos o tres intentos hasta dejar las baderillas y retirarse al estribo.

—¿Se habrá puesto malo?—decía todo el mundo. Cuando al tocar a matar salió con la muleta y el estoque.

¡Aquello era otra cosa! ¡Qué pases! ¡En la misma cara del animal, sin mover los pies! Aquello era el *summum* de la perfección torera, dijo un crítico. Llegó el momento de herir, lió el trapo, enfiló el estoque y...

sin pinchar, dió salida al toro con la muleta. Y esto una y otra vez, hasta aburrir al público, que le silbó con el mismo calor que le había aplaudido, y finalmente le echaron el toro al corral.

El Gordo, según expresión propia, estaba "que se jacía tiestos" al tratar de explicarse lo ocurrido, y apenas terminó la lidia llamó a Pepillo a capítulo.

—Vamos a ve, repajolero niño; vamo a ve si tú me explica esto, que me está gorviendo loco de remate; pero que de rematísimo. ¿Qué repuñaes es lo que a ti te pasa? A ti no te da jindama señalá unas banderillas a un bicho de cuidao con unas varillas de ná. ¿No es verdá?

—No, señor; no me da miedo.

—A ti no se te encoge el ombligo por señalá una estocá en tó lo arto con una vara de fresno.

—No, señor; tampoco.

—Pues si estás fresco como una pajolera lechuga cuando te pasan los pitones a dos deos del corasón, ¿por qué te achicas, so ladrón, cuando tienes banderillas de veras y estoque de chipén?

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—Pues ya ves tú si lo querré que si no me la dises volando te meto esta silla en la cabeza.

—Señor Antonio, la verdad es que lo que a mí me ha pasao no ha sido miedo.

—¿Pues qué ha sido, granuja de mis pecaos?

—Ha sido... Me da vergüenza.

—¡Dilo ya!

—Ha sido... ¡lástima!

—¡Látima! ¡Ay, qué látima! que no te partiera un rayo, Dios Padre me perdone! ¿Látima de qué?

—¡Lástima de herir, de hacer sangre! ¡Es superior a mí!

—¿Pero ahora me sales con esa?

—¿Para qué voy a mentir? Desde chico he sido incapaz de matar un pollo. ¡Qué digo de matarle, ni de verlo matar! ¡Eso de hacer daño, eso de hacer sangre!... ¡Me da un frío por todo mi cuerpo y se me quedan piernas y brazos como de algodón en rama, señor Antonio.

—¡Nos has reventao, chaval! ¡Te pasa' eso? Pues con ese corasonsito de paloma a los do minuto y medio de salí del huevo... ¡vaya un ofisio que habías elegío! ¡Quita' d'ahí, arcange! Retifico, retifico tó lo que dije de ti. Tú no has nasío pa torero. Tú vas pa santo: ¡Anda de ahí y hazte cura!

Gran vergüenza, tristeza y desaliento causó al pobre José su fiasco, y estuvo largo tiempo muy abatido.

—Tiene razón el señor Antonio—se repetía—en eso de que no he nacido para torero, y en cuanto a lo otro...—y se quedaba pensativo.

¡Para que se vea lo que son las cosas! Aquella frase despectiva' del maestro: "Anda de ahí y hazte cura", en vez de sonarle a burla le sonaba a consejo tan prudente y tan sabio como pudiera habérselo dado un ángel de Dios o un santo del cielo en vez de un matador de toros retirado.

Y su alma oyó la vocación y su corazón se encariñó con la idea, y unos meses después se fué a Cádiz con un tío que tenía de beneficiado en la catedral, y protegido por él, entró en el seminario, estudió, se hizo sacerdote y acabó por entrar de capellán de uno de

los vapores que hacían la travesía a las regiones americanas.

Tres años llevaba contentísimo de su radical cambio de vida, tan conforme ahora con sus delicados sentimientos y su modo de ser, cuando tuvo noticia de la horrible situación en que se encontraba su pobre hermana, abandonada en el extranjero por el tarambana de su marido y sin medios de subsistencia para ella y para su hijita, y entonces decidió dejar su destino. Con los ahorritos de su tiempo de embarque pudo traerse a España a la familia, y él hizo oposiciones a un curato y obtuvo el de Colmenarejo de la Sierra, donde, a excepción de la vidriosa doña Tila y del mamarracho de don Raúl, era muy querido y respetado.

—¿Pero era cierto—me preguntará el curioso lector—que había estado en una juerga y había toreado?

Era y no era, como veremos más tarde; porque este es el momento de colocar el novelesco cliché: “No adelantemos los acontecimientos”.

Lo que nos importa por ahora saber es que el taimado de don Raúl fué a visitar al obispo y estuvo habilísimo en su pícara y antipática misión de denunciador.

—¡Lo que me apena!, señor obispo, este paso que doy!... ¡Se trata de una persona a la que profeso gran afecto, y me cuesta un trabajo tener que acusarla ante su ilustrísima!... Pero la conciencia es antes que la amistad, y en conciencia no puedo callar.

Preparada así su relación para que hiciera más efecto, fué contando al prelado que en la posesión del marqués se habían reunido varios amigos, de la

aristocracia todos ellos, y habían armado una gran juerga. Cuando él pasó a mediodía por las inmediaciones de la finca se oían los taponazos de las botellas de *champagne*, tanto que él se dijo: "Buenas van a estar esas cabezas dentro de un rato". Cuando regresaba, por la tarde, oyó gran gritería, y llevado de la curiosidad miró desde el antiguo cerrillo que domina los corrales de la finca, y entonces vió lo que nunca hubiera creído: que el cura párroco de Colmenarejo de la Sierra, don José García y Pérez, estaba toreando un becerro.

Era el señor obispo hombre de sesenta y tantos años, que se conservaba muy bien, sin más alifafe que una hinchazón de las piernas que le impedía llevar de prisa su algo obesa humanidad. Su semblante simpático ostentaba de ordinario una alegría juvenil, reflejo exacto de su espíritu, que había sabido llevar siempre con grandísima conformidad todos los quebrantos de la vida, conservando su apacible humor. Afectuoso para todo el mundo y muy tolerante para los defectos ajenos, era, sin embargo, inflexible para toda falta del clero de su diócesis que pudiera constituir materia de escándalo. El relato, intencionadamente perverso, de don Raúl le hizo un efecto terrible: se frunció su ceño, sustituyó en su semblante la indignación a la alegría y al final del relato dijo:

—Tengo un disgusto, un verdadero disgusto al oír lo que acaba usted de contarme. No tomo en el acto una medida porque faltan horas nada más para mi ida a ese pueblo, y entonces procederé severamente; con mucha amargura, pero con toda entereza. Pues no faltaba más. ¡Un párroco torero!



—Como que la gente no le llama ya más que *el padre Joselito*—dijo don Raúl para remachar el clavo.

—¡Qué escándalo, Dios mío, qué escándalo!—dijo su ilustrísima verdaderamente apénado.

Con esta impresión le dejó don Raúl, que se apresuró a despedirse para regresar en seguida a Colmenarejo y comunicar a doña Tila el resultado de su misión diplomática, que su ilustre protectora estaría esperando con ansia.

—La verdad es—se decía don Raúl al regresar a Colmenarejo—que me he corrido un poco al afirmar al obispo que toda la gente llama al cura *el padre Joselito*. Hasta ahora, el mote graciosísimo que se me ha ocurrido para calificar a un presbítero que torea, sólo es conocido de doña Tila, pues tanta prisa me dí a comunicar a la señora mi descubrimiento y a venir con el cuento a palacio, que en el pueblo no se han enterado del suceso. Pero todo se andará, y en la tertulia de la viuda de Carranque se adoptará seguramente el mote y de allí pasará de boca en boca al pueblo entero.

IV

LA LLEGADA DEL OBISPO

Tres cohetes de dinamita, de los gordos, atronaron el espacio; la campanita de la ermita lejana de la Soledad comenzó a repicar, a la que contestaron en resonante volteo todas las de Colmenarejo, desde las de la iglesia parroquial hasta la cascada esquila de la capilla de la cárcel. Cohetes más moderados se iban acercando y acabó por percibirse claro y distinto el sonido de la gaita y el redoble del tamboril que la acompañaba.

Acudió la gente a la plaza de la Iglesia; la calle de *Cabestreros*, por donde debía llegar la comitiva, se llenó de bote en bote, y al fin, precedido de alguaciles, que, sacudiendo a los chiquillos y empujando al gentío, lograban a duras penas abrir paso, apareció el *landeau* de lujo de doña Tila, donde venía su ilustrísima, en compañía del alcalde y del marqués de Torronteras, que había bajado a esperar al prelado hasta la Soledad y a ruego de éste había subido al coche.

La dignidad de la persona, su justa fama de virtuoso y afable y la novedad del caso, pues hacía muchos años que no habían visto un obispo en Colmenarejo, justificaban la animación de la gente, los incesantes vivas y hasta el desorden con que chicos y grandes se revolvían y apretaban tratando de ganar a empujón limpio puesto más cercano para ver al ilustre huésped.

Descendió éste del carruaje, y, sonriente, contestaba a las aclamaciones de la multitud con bendiciones de su diestra, cuando se adelantó el párroco y, tras profunda reverencia, se inclinó ante el obispo para besarle el anillo.

—Usted es el párroco, ¿verdad?—le dijo su ilustrísima por lo bajo.

—Para servir a Dios y a vuestra ilustrísima—contestó don José, emocionado.

Y el obispo entonces retirando la mano, le dijo casi al oído:

—*Ex informata conscientia*, queda usted suspenso a *divinis* hasta nueva orden.

Hubiera caído un rayo a sus pies en aquella serena tarde de cielo azul y despejado, o hubiera estallado un volcán como el Etna en plena plaza de Colmenarejo, y no hubiera quedado el pobre cura más anonadado que con aquellas palabras. ¡Recogerle de pronto las licencias a él! ¿Por qué? ¿De qué gravísima culpa se le había acusado? ¿Cómo habían podido justificar aquella calumnia? Porque calumnia tenía que ser. ¿Y de quién, Dios mío, de quién?

Todas estas ideas zumbaban dentro de su cerebro como un enjambre de abejas, mientras sentía por la

espalda un frío de muerte y el rostro le ardía de vergüenza.

Buscando algún lenitivo a aquel horrible malestar, se decía:

—Supongo que al llegar a casa el señor obispo será más explícito, y al conocer la causa de la censura, me podré defender de esta infamia.

Y los minutos se le hacían siglos mientras el prelado saludaba a las autoridades y Comisiones y se decidía a ir a casa del cura, como era costumbre; pero por sí era pequeño su disgusto, no tardó en enterarse de que S. I. no se hospedaba en su casa, sino en la de doña Tila, donde se le había dispuesto suntuoso alojamiento.

Mucho, muchísimo sintió el desaire ante todos sus feligreses; pero lamentaba más todavía ver dilatarse la ocasión y el momento de probar su inocencia.

Cuando el obispo, en el portón de la casa, bendecía al pueblo despidiéndose, y antes de que la gente se retirase y pudiera venir a preguntarle por qué no iba a su morada el prelado, como siempre había ocurrido en casos análogos, el infeliz D. José se fué de prisa a su domicilio.

Triste fué la escena al reunirse la familia y enterarse su hermana y su sobrina de lo ocurrido. Lloraban quejándose, enojadas de aquel atropello, las mujeres; pero eran más tristes de ver las lágrimas del cura, que en silencio corrían por su atezado rostro. Nada contestaba, sino con suspiros y encogimiento de hombros, a las mil preguntas que le hacían las mujeres, y alzando la cabeza y fijando una mirada de angustia en el Crucifijo de talla que pendía sobre



la mesa de su despacho, exclamó con una fe y una amargura conmovedoras: *Miserere mei Domine secundum magnam misericordiam tuam*, y sentándose en el sillón y poniendo sobre la mesa los brazos, escondió entre ellos la cara, bañada en llanto.

Tras algunos minutos de un triste silencio, llamaron fuerte y apresuradamente a la puerta, y Clarita fué a abrir temblando. Cuando un grave suceso nos altera, el detalle más vulgar de la vida parece que viene a agravar y complicar las cosas. ¿Quién vendría que llamaba con tanta prisa? Era Felipe, el novio de Clarita, que al ver a ésta llorosa exclamó:

—¡Recontra! ¿Ha llegado ya la noticia?

—¡Te refieres a lo del obispo!

—¿A lo del obispo? No. Me refiero al *bulo* que están haciendo correr por el pueblo cuatro sinvergüenzas por cuenta de quien yo me sé. ¿Qué es lo del obispo?

—¡Que ha impuesto un castigo a mi tío!

—¿Un castigo? ¿A ese santo? Eso es cosa de don Raúl; pero no se va a reír el tío ladrón.

Y sin esperar a que pasasen recado, como de costumbre, se entró por el pasillo adelante, gritando:

—¡Don José! ¡Don José!

—¿Qué hay, Felipe?—preguntó el pobre cura muy alarmado.

—Ese granuja, no me cabe duda, ese don Raúl cochino tiene la culpa de todo. El es quien ha inventado el chisme. ¡Claro! Por eso anteayer me estuvo sonsacando. ¡Pero arrieritos somos!...

—¿Y qué es lo que han inventado contra mí? Dilo, Felipe; que sepa yo al menos de qué se me acusa.

—Que estuvo usted de borrachera con el Marqués y sus amigos...

—¿De borrachera yo?

—Y que estuvo usted toda la tarde toreando becerros.

—¡Eso han dicho!

—Pero todo eso lo pongo yo en claro inmediatamente. Porque yo sé lo que pasó, porque estaba presente, y ahora mismito se lo cuento todo al señor obispo.

—¡Pobre Felipe! ¿Crees tú que no hay más que querer hablar con un prelado para conseguirlo en el acto? A ti no te conoce siquiera, y no eres persona de categoría para que te conceda una audiencia en el acto. Te agradezco tu buena intención; pero no pienses en eso.

—Pues si yo no tengo categoría, don José de mi alma, no está lejos quien la tiene y muy grande.

—¿El Marqués?

—El Marqués, que no me niega a mí ese favor, y menos tratándose de defender a un inocente de una infamia. El Marqués, que es grande de España de veras, porque lo es por dentro y por fuera.

Y sin esperar a más razones, Felipe se dirigió a la puerta más que de prisa, diciendo: "Que no, hombre, que no. ¡Que no se sale con la suya ese tío ladrón!"

—¡Felipe, por Dios, prudencia! —le gritaba el cura—. ¡No agravemos las cosas!

—¡Si todo lo va a hacer el Marqués. Y ése tiene prudencia, y justicia, y fortaleza..., y templanza..., porque es muy templao—y salió corriendo a la calle.



V

BANQUETE DE HONOR

Doña Tila no cabía en el pellejo, como vulgarmente se dice, de satisfacción. Tenía en su casa al prelado, y al banquete que en su honor se iba a celebrar asistían las personas más principales de la localidad ¡y un grande de España nada menos! ¡Qué mesa puso con toda la plata que guardaba de sus antepasados! Un cocinero y tres camareros habían venido de Segovia expresamente, y la langosta, los vinos y las flores se habían traído de Madrid en automóvil!

En la sala grande, que estaba cerrada durante meses y a veces años, se habían quitado las fundas a la sillería dorada tapizada de rojo terciopelo y las cubiertas de tarlatana a los espejos, y en tan suntuosa cámara, sentada con el obispo en el estrado, se hallaba recibiendo a los invitados. Don Raúl, compuesto y engalanado, como cordero en rifa, ejercía de mayordomo mayor de aquel palacio y se deshacía en cumplidos, muy especialmente con el marqués de Torren-

teras; porque don Raúl nunca perdía ripio, y tenía puestos los puntos a la administración de los bienes del marquesito en aquel término, que era un empleo muy lucrativo y que daba la casualidad de hallarse vacante. No decía una palabra el marqués que no la celebrara como acertada e ingeniosa, y al menor pretexto elogiaba las propiedades de la Casa de Torrenteras, susceptibles, según él, de rendimientos aun mayores que los actuales, en cuanto estuviera al frente persona que lo entendiera. Cuando le llegó su turno a la dehesa del Castañar, le interrumpió el marqués de repente:

—No; esa no es finca de producto, sino de gasto; porque es la que yo tengo destinada para las borracheras y los escándalos.

—¡Ave María Purísima!—dijo el prelado—. ¿Qué frases son ésas, mi querido marqués?

—¡Ah! ¿Pero el señor obispo no sabe que el domingo último he cometido, en unión de mis amigos, toda clase de excesos?

Don Raúl se mordió los labios, contrariadísimo del giro que tomaba la conversación.

—¡Qué bromista!—dijeron las señoras, sonrientes.

—¡Qué marqués éste!—añadió un caballero.

—¿Pero ustedes no sabían esta novedad? Sí, señores, sí. ¿Verdad, don Raúl, que aquello era un escándalo?

—¡Por Díos, señor marqués! No saquemos de quicio las cosas. Ni ustedes son personas que beban sin tino ni tan poco acostumbradas al *champagne* que una pequeña cantidad les haga perder la cabeza. Eso le sucede al que no tiene costumbre.

—Al que no tiene costumbre y bebe.

—Ciertamente.

—Porque al que no tiene costumbre y no lo prueba no le pasa nada.

—Evidente—dijo el prelado—. Quien quita la ocasión quita el peligro.

—Eso es lo que hizo precisamente el señor cura, que tuvo la bondad de decirnos la misa en el oratorio de la finca, que por más que le rogamos no quiso probar el vino de miedo que tiene a los fermentados y espumosos. Pobre señor, no hubo medio de que lo probase.

El obispo miró fijamente a don Raúl, que bajó los ojos y se hizo el distraído.

—¿Pero de veras no sabían ustedes nada de esto?

—Algo me habían dicho—contestó S. I.—; pero yo nunca creí que personas como ustedes se excediesen en la bebida. Lo que sí creo, y eso no tiene nada de particular, es que por la tarde se divirtieron toreado unos becerros.

—Perdone el señor obispo; de las once personas que estábamos, nueve no sabemos coger un capote, y no se toreó más que un solo becerro. ¡Así se escribe la Historia. La corrida no duró arriba de media hora.

—¿De veras?—preguntó sonriendo doña Tila?

—Bueno, bromas aparte—dijo seriamente el marqués—, el caso fué que a mi primo el vizconde de Tarbes le da por echárselas de torero consumado, y tenía hecha la apuesta de dar medias verónicas mejor que Belmonte, y ese fué el motivo de nuestra excursión: que él fué quien intentó hacer esa suerte,



que para él hubiera sido una desgracia si no hubiera tenido quien le...

Avisaron en esto que la comida estaba servida, y se trasladaron al comedor.

Quedó así interrumpida la conversación; pero como el marqués ocupaba en la mesa la derecha del prelado, tuvo ocasión de continuarla particularmente, para quedar con S. I. en que después de comer hablarían reservadamente del asunto.

Terminada la comida, que estuvo espléndida, si bien recargada de platos, y más ostentosa que delicada, el obispo salió al jardín y se puso a pasear con el marqués.

—El tontaina de mi primo, en cuanto le soltamos el becerro se hizo un verdadero llo, y nosotros nos reímos a mandíbula batiente, mientras el bueno de don José, todo apurado, nos decía:

—¡Es una pena! ¡No sabe nada! ¡Le va a dar un trastazo!

—El se lo busca—le decíamos nosotros, y el pobre señor nos replicaba:

—No: no se fíen ustedes de que es un becerrete. Tienen estos animales mucha fuerza en la cabeza, y con un topetazo que le dé en el pecho puede enfermar gravemente. Con sólo derribarle le puede pisotear y hacer gran daño.

Como el vizconde tiene mucho amor propio, sacando fuerzas de flaqueza ante nuestras burlas, se abrió por fin de capa, y el pobre don José no vivía.

—¡No!—le gritaba—. ¡Por ahí no! Lo va a coger. ¡No, así no! Y gritándole y aconsejándole se fué hasta él, le quitó la capa y le dijo:

—¿Ve usted? Hay que cargar la suerte. ¿Ve usted? Así, así, y dió dos o tres verónicas magistrales, eso sí. Este relato, de cuya exactitud responde mi palabra de honor, dista bastante del que hicieron a usted, ¿no es cierto?

—Sí que dista—respondió el prelado—. Veo que no hubo tal borrachera, y que lo del toreo no pasó de una ligereza; pero así y todo, me parecen muy mal esas ligerezas en un sacerdote. Le levantaré la censura, porque la cosa no es tan grave; pero estaré muy serio con él, y le amonestaré severamente. ¿Y cuándo habrá aprendido esos primores?

—¡Ah! ¿Pero no sabe su historia? Es muy curiosa.

Y el marqués refirió al obispo las mocedades taurinas del cura, su delicadeza de sentimientos, que le hizo dejar la profesión y todo lo demás que ya conoce el lector.

El conocimiento de aquella alma buena ablandó bastante al obispo; pero eso de que se hubiera olvidado ni por un momento de su estado actual para volver a coger un capote merecía una reprensión seria.

En cuanto el marqués se separó del prelado, le cogió por su cuenta doña Tila, muy interesada en que su protegido D. Raúl fuese nombrado administrador. El aristócrata, con una cortesía exquisita, que dejó encantada a doña Tila, pero al par con una habilidad consumada, para no soltar prenda, fué derivando la conversación, y habló del difunto Carranque. “Lo que apreciaban en casa de mis padres al señor Carranque. Pues ¿y a su padre de usted? Mi



abuelita la duquesa lo decía siempre: "¡Hombres como Sánchez Barandiarán quedan pocos!"

Cuando después de la entrevista se acercó don Raúl a su ilustre protectora para enterarse de su resultado, ella le dijo:

—¡Ay! Ha estado finísimo, cariñosísimo, y a mí me parece que hablándoselo yo pedido con tanto interés...

—Pero en concreto...

—Lo que se dice en concreto, no hemos quedado en nada. ¿Por qué no ruega usted al obispo que le recomiende también? Y a propósito del señor obispo. ¿Se ha mandado vajilla, cristalería y demás al santuario de Consuelo? Por Dios, don Raúl, a usted se lo encomiendo. Yo quiero que al hacer S. I. la visita al santuario mañana por la mañana esté todo dispuesto para ofrecerle el desayuno después de la misa, sin que falte detalle. Ya sabe usted, Raúl, cómo me gustan a mí las cosas. Que vaya Aniceto con el carro esta tarde. ¿No le parece a usted?

—Todo se hará a su gusto. No se preocupe ni esté intranquila. Usted quedará como siempre.

El santuario del Consuelo guardaba la imagen de la Patrona del pueblo, y no había sacerdote que estuviera en Colmenarejo veinticuatro horas que no fuese a celebrar al altar de la Virgen.

Estaba situada la ermita en lugar muy pintoresco. Delante de su atrio se extendía una pradera, y a la derecha tenía un frondoso castañar, donde celebrábanse grandes romerías por las fiestas de agosto. Distaba unos tres kilómetros del pueblo: dos y medio con un camino regular, por el que podían ir coches,

pero había medio kilómetro que solamente en los callejos del país se podía recorrer, aunque lo más seguro era ir andando.

Como el obispo había anunciado su deseo de celebrar a la mañana siguiente en el santuario, no sabían qué medio de locomoción emplearían para recorrer el último trozo; pero enterado el prelado, resolvió el conflicto de plano. *

—¿No era corta la distancia? Pues con las mañanas estas tan hermosas dará gusto ir andando—dijo.

Y así quedó acordado. Irian en carruaje hasta las callejas del Retamar, y desde allí, todo el mundo..., *pedious* andando a la ermita del Consuelo.

Como don Raúl, según la frase de doña Tila, era un hombre que estaba en todo, no tardó en llamarla aparte para decirla:

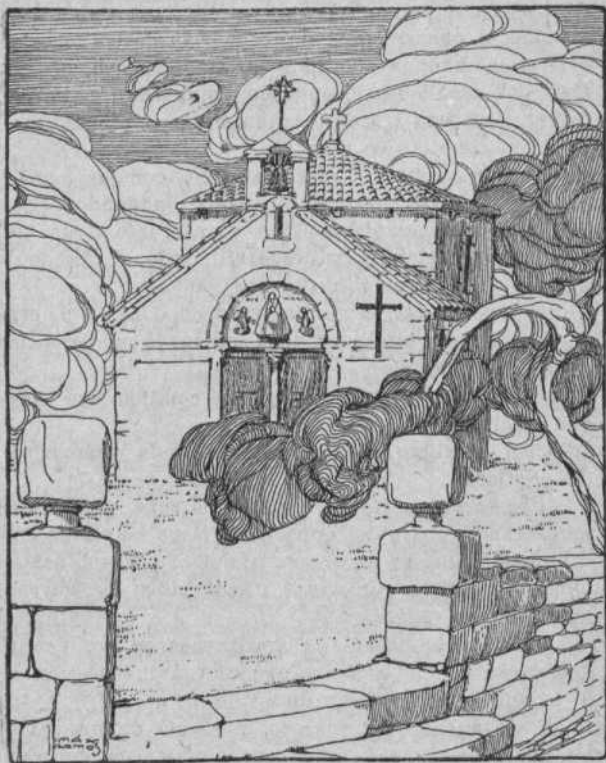
—Un conflicto, señora mía, un conflicto que hay que resolver.

—¿Un conflicto?—preguntó ella toda sobresaltada—. ¿Cuál?

—*El padre Joselito* es, como usted sabe, presidente nato del Patronato del Consuelo y tiene las llaves del santuario. ¿Qué se hace? ¿Se le avisa? ¿Y si el señor obispo no quiere que vaya? ¿Se le piden las llaves? ¿De parte de quién?

Tras un rato de vacilaciones, acabaron por donde debían haber empezado, y sometieron la cuestión a S. I., que llamó a su familiar y le dijo:

—Vaya a casa del párroco, y dígame de mi parte que mañana, a las siete, le espero aquí para que nos acompañe al santuario del Consuelo. ¿Se ha fijado bien?



El familiar, que era un curita rebajuelo, con una cara aniñada de gesto humilde, repitió como una lección:

—Que S. I. le espera mañana, a las siete, para ir...

—*Para que nos acompañe*—rectificó el obispo.

—Eso es, para que nos acompañe al santuario del Consuelo.

—Así, literalmente y sin comentarios—dijo el obispo. Y el familiar, tras una profunda reverencia, salió a cumplir su encargo.

VI

AL SANTUARIO DEL CONSUELO

Llegó el enviado a casa del cura, y repitió con exactitud fonográfica el recado, sin que a las tímidas preguntas de D. José ni a las más resueltas y apremiantes de la hermana y la sobrina respondiera más que con encogimiento de hombros, terminando con una humilde sonrisa y las palabras "el señor no me dijo más".

En cuanto se quedaron solos, comenzaron a darle vueltas al recado, examinándole y comentándole cada cual desde su punto de vista.

—Por de pronto—decía el cura—, el prelado me invita a acompañarle, fijaos bien, *a acompañarle*. No es ya una orden severa; es una invitación bondadosa. ¿No lo veis así?

—¡Ya lo creo!—decía la sobrina.

—Sí, así parece—confirmaba la hermana.

—Francamente—añadía don José, mirando a su Cristo, como si también le consultara sobre lo acer-

tado o erróneo de sus opiniones. A mí me parece que esto indica que el obispo se ha enterado de mi inocencia.

—Claro, tío—contestaba Clarita—, como Felipe fué a ver al marqués, y Felipe no le habrá dejado de la mano... Sí, sí, bueno es Felipe para...

—Indudablemente—decía la hermana—, el marqués le ha hablado en tu favor, y al marqués no se le desaira tan fácilmente.

—Dice bien mamá: el señor obispo, a petición del marqués, te habrá perdonado. Verás cómo nos lo cuenta Felipe.

—¿Perdonado? ¿Perdonado por la influencia y la recomendación del marqués? Eso creéis, ¿verdad?

—No lo dudes, tío. En cuanto venga Felipe...

—Dios se lo pague a todos; pero...

—¿Pero qué?—preguntó la hermana.

—Que hubiera preferido no deber al favor, sino al convencimiento de mi inocencia, la absolución, si es que la hay, porque todo esto no son más que conjeturas.

Y de esta suerte, ya reanimándose en alas de una esperanza, ya hundiéndose de nuevo en las incertidumbres del temor, se pasó gran parte de la noche aquella pobre gente, hasta que, ya muy tarde, se fueron a acostar, para seguir cada cual entre duerme y vela su respectiva cavilación.

¡Ay del que tiene su estimación pendiente del juicio ajeno! ¡Qué ratos tan amargos pasa hasta saber fijamente a qué atenerse!

Diez minutos antes de las siete estaba en el zaguán de la casa de doña Domitila el buen don José, y al

descender S. I. del último peldaño de la escalera se le acercó a besarle el anillo.

—¿Ha esperado usted aquí? ¿Por qué no ha subido?—le preguntó amablemente el obispo.

Don José balbuceó dos o tres palabras, sin saber qué decir. Para él lo importante, lo encantador, era el tono afable con que S. I. le había hablado.

—¡Qué mañanita!—dijo el marqués al bajar al portal. Mi encargado Felipe ha sido un sabio: me ha hecho traer esta capita, que me va a venir de perlas.

—En cuanto traspongamos el cerro de Matillas, como estaremos resguardados del Norte y hace un día de sol, puede que hasta calor tengamos—dijo don Raúl—. Por eso, señor marqués, la capa, esa preciosa capa española que usted trae, está indicadísima. ¿Ahora siente usted fresco? Se emboza usted en ella tan ricamente. ¿Que al bajar del coche se siente ya calor? Se la suelta usted sobre los hombros, ¡y al pelo!

—Este don Raúl es hombre práctico—dijo el obispo—. Y la verdad es que sólo la pícara moda, que se perece por ir a la zaga de todo lo extranjero, ha podido desterrar una prenda tan española.

Subieron al coche el obispo, el marqués, el cura y el familiar de S. I., y el buen don José pensaba:

—¡Si me vieran aquellas pobres, que estarán ahora pensando en cómo me habrá recibido el prelado!

Ya comentando las bellezas del paisaje, que por aquellos sitios era, en verdad, pintoresco, ya hablando de cosas sin importancia, se fué pasando el tiempo, y ya se divisaba a la derecha la torretila del

santuario cuando el marqués habló al oído al obispo, y éste, digiéndose a don José le dijo:

—Bueno, señor cura; habían sorprendido mi buena fe cuando le hablé el día de mi llegada. De aquella suspensión no hay ya nada. Se acabó.

Don José le besó el anillo repetidas veces, y el prelado, poniéndose más serio y con tono enérgico, añadió:

—Ahora bien; lo de coger un capote y meterse a dar lecciones de toreo sigue pareciéndome muy mal. Quede también perdonado; pero que no le ocurra a usted en todos los días de su vida volver a pensar en semejante cosa, porque será inexorable.

Don José se inclinó reverente.

No en todo había de ser Don Raúl farsante y embustero, y su profecía sobre la temperatura se confirmó al bajar de los coches junto a las callejas del Retamar. Hacía casi calor, y el marqués le dijo a Don Raúl noblemente:

—Tenía usted razón. Ha llegado el momento de soltar la capa sobre los hombros.

—Despacito, señor obispo, que no nos corre nadie—decía Don Raúl—; despacito, que el piso es malo y con estas hojitas que de los pinos trae el viento es muy fácil escurrirse.

Allí quedaron los coches y el obispo del brazo del marqués, y, apoyándose en su bastón, avanzaba muy a gusto por la suave unas veces y otras penosa pendiente del último trozo de la senda que subía a la pradera de la ermita.

Faltarían unos cien pasos para llegar al castañar de la Virgen, cuando por la parte de las callejas se

oyeron voces como de aviso y alarma, y a poco vieron claramente que por aquel sitio venía un toro completamente solo.

Se trataba, sin duda, de un toro escapado o desmandado y, por tanto, peligroso, y como el ser humano en los grandes peligros es cuando mejor demuestra el cariño que se tiene cada quisque y le poquísimo que le importa el prójimo cuando de salvarse se trata, todos echaron a correr hacia los árboles del castañar buscando un refugio.

Solamente quedaron al lado del pobre anciano que no podía correr, el marqués y el cura, que, cogiéndole como pudieron, le llevaban trabajosamente hacia los árboles.

Pero aún quedaba bastante distancia, y con el peso del corpulento prelado no podían avanzar tan de prisa como quisieran, aunque lo procuraban con todas sus fuerzas, cuando el marqués sintió que el cura soltaba el cuerpo del obispo, que por poco cayó al suelo. “¿Es posible, pensó el marqués, horrorizado, que este hombre abandone por venganza a un anciano?” Pero no lo había acabado de pensar cuando notó que le arrebataban de sus hombros la capa y, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, vió al cura ante el toro, que se había arrancado hacia el grupo, y, con habilidad grande, pero con indudable peligro de su vida, le empapaba en el engafio y le iba alejando mientras gritaba, jadeante de fatiga:

—¡¡A los árboles, señor marqués, a los árboles derecho!!

En esta arriesgadísima brega el cura, y en tan



graves y críticos momentos el prelado y el marqués, sonaron por la calleja cencerros, aparecieron pronto cuatro magníficos cabestros, y detrás venía, a caballo, garrocha en ristre, el mocetón de Felipe.

El toro se abrigó a la querencia de los mansos, y juntos siguieron las callejas de la izquierda más que de prisa, y Felipe, en vista de esto, se detuvo un momento y se quitó el sombrero. Era el único personaje de esta escena cuya cara rebosaba satisfacción, y, como pasado el peligro, todos volvían al lado del obispo, Felipe, dirigiéndose al prelado, pero mirando fijamente a Don Raúl, dijo:

—Perdone el señor obispo y la compañía: pero en este terreno se cría un ganado mu reladrón.

Y siguió al galope por donde los cabestros se habían llevado al toro.

El buen obispo, con los ojos llenos de llanto y la boca llena de risas, escuchaba las adulaciones de toda aquella gente que en el peligro le había abandonado, y ahora venía a enterarse de su estado con grandísimo interés.

—¡Adelante, señores, adelante! Ya todo pasó. Ustedes adelante, y yo les sigo con mi marqués y con mi cura—y, cogiéndose de los brazos de los aludidos, comenzó a andar, y siguió diciendo—: ¡Adelante, adelante, al Consuelo!

Cuando Don José refirió a los suyos en la intimidad los detalles de lo ocurrido, les decía:

—¡Si vierais cómo al apoyarse en mí me apretaba! Parecía que me abrazaba con un solo brazo!

Después de celebrar el obispo en el altar de la Virgen y de cantar el cura un Tedéum con el alma llena



de gratitud, se reunieron todos en la sacristía para el espléndido desayuno dispuesto por doña Tila.

El obispo había recobrado por completo su espíritu sereno y su santa jovialidad y estaba satisfechísimo.

—Señores—dijo, sonriente—, conste que debo la vida a un hombre de alma muy hermosa y corazón muy noble y valeroso—y, quedando un momento pensativo, acabó por reír a carcajadas y decir—: Todos los días se aprende algo. Hoy he aprendido que para andar por estos sitios, donde son frecuentes los encuentros como el que hemos tenido esta mañana, es muy útil saber librarse y librar al prójimo del peligro—y, echando un brazo por encima de los hombros del cura, que a su lado estaba, le dijo bromeando—: ¡Ay, padre Joselito de mi alma! Si yo no estuviera tan viejo y tan pesado de miembros, puede que tomara de usted alguna leccioncita!

* * *

Cuando al día siguiente fué el marqués de Torren-
teras a despedirse de la señora doña Domitila Sán-
chez Barandiarán, viuda de Pérez Carranque, ésta,
toda almibarada, le dijo:

—¡Ay, querido marqués! ¿Cuándo volveremos a tener el gusto de verle por Colmenarejo? ¡Sólo Dios lo sabe!

—No, señora—contestó el marqués—; volveré muy pronto, porque tengo que apadrinar la boda de la

sobrina de don José con mi administrador, con mi nuevo administrador Felipe Vázquez.

—¿Administrador?—dijo doña Tila.

—Sí; le he nombrado, porque es muy entendido en cosas de campo, y muy honrado, y muy noble. Esto era poco para don Raúl. Don Raúl debe dedicarse a la política, para la que tiene grandes condiciones.

Entró en esto el interesado, que siempre llegaba a punto, y le dijo el marqués:

—A doña Tila se lo estaba diciendo: Usted, a la política. ¡Vaya usted a la política!

Y se lo dijo con un tono que parecía que le mandaba a otra parte.

Carlos Luis de Cuenca



En nuestro número próximo
publicaremos

La que quiso ser libre

por

ARTEMIO PRECIOSO

**Ilustraciones
de DEMETRIO**

La Novela de Hoy

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 EL MOMENTO DIFÍCIL, por Pedro Mata. — Ilustraciones de Ribas.
- 2 LA CAZA DE LA MARIPOSA, por W. Fernández Flórez. — Ilustraciones de Penagos.
- 3 PANDORGA, por Ramón Pérez de Ayala. — Ilustraciones de Ramos.
- 4 GIORDANO O EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS, por José Ortega Munilla. — Ilustraciones de Zamora.
- 5 EL AMIGO DE LA "CURRI", por Joaquín Belda. — Ilustraciones de Robledo.
- 6 EL VAGABUNDO INAPETENTE, por José M.^a Salaverria. EL PRIMER ABRAZO, por Artemio Precioso. — Ilustraciones de Bartalossi.
- 7 LA CELADA, por Antonio de Hoyos y Vincent. — Ilustraciones de R. Marín.
- 8 VIDA Y RESURRECCIÓN, por Luis Araquistain. — Ilustraciones de Máximo Ramos.
- 9 LOS AMBIGUOS, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de R. Marín.
- 10 LA MOCITA DEL COLLAR DE CEREZAS, por Fernando Mora. — Ilustraciones de A. Sánchez Felipe.
- 11 LA SEÑORITA ESTATUA, por Cristóbal de Castro. — Ilustraciones de Penagos.
- 12 EL CAMILLERO DE LA LECCIÓN, por Carlos Micé. — Ilustraciones de Varela de Seijas.
- 13 EL DIABLO DE LOS OJOS VERDES, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Máximo Ramos.
- 14 EL PICADOR Y SU MUJERCITA, por Eugenio Noel. — Ilustraciones de Marín.
- 15 UN CRIMEN PASIONAL, por Alberto Valero Martín. — Ilustraciones de Isquias de Durán.
- 16 POR SU PROPIA MANO, por "El Caballero Audaz". — Ilustraciones de Penagos.
- 17 COINCIDENCIA EXTRAÑA, por Rafael López de Haro.

Ilustraciones de *Máximo Ramos*.

- 28 BIAARRITZ EN PYJAMA, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Inquierto Durán*.
- 19 EL FRUTO DE SU VIENTRE, por José Francés.—Ilustraciones de *Ochoa*.
- 20 GANÉMOSE HOY..., por E. Barriobero y Herrán.—Ilustraciones de *M. Quintanilla*.
- 21 EL VENGADOR DE JULIANO, por Vicente Díez de Tejada.—Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 22 LA GOTERA, por F. Gutiérrez Gamero.—Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 23 UN VISIONARIO, por Marcelino Domingo.—Ilustraciones de *Ochoa*.
- 24 LA DOBLE PASIÓN, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Máximo Ramos*.
- 25 LA FAMILIA DEL DOCTOR PEDRAZA, por Vicente Blasco Ibáñez.—Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 26 UNA MUJER ESPIRITUAL, por Eduardo Zamacois.—Ilustraciones de *M. Quintanilla*.
- 27 UN IDILIO DE QUINCE DÍAS, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Ribas*.
- 28 MIS MEMORIAS DE UNA NOCHE, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Karikato*.
- 29 EL ENCANTO DE LA CAMA REDONDA, por Alvaro Retana.—Ilustraciones del mismo.
- 30 EL JUEGO DEL AMOR Y DE LA MUERTE, por Antonio de Hoyos y Vincent.—Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 31 LA CASA DE PEPITA, por Alfonso Vidal y Planas.—Ilustraciones de *Riquer*.
- 32 LA MORAL DE LO INMORAL, por Augusto Martínez Olmedilla.—Ilustraciones de *Ochoa*.
- 33 (Número-almanaque).—BESTEZUELA DEL PLACER, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Máximo Ramos y Penagos*.
- 34 AMOR DE MUJER, por Guillermo Díaz-Caneja.—Ilustraciones de *R. María*.
- 35 EL SOL DE LOS MUERTOS, por Vicente Blasco Ibáñez.—Ilustraciones de *Ochoa*.
- 36 LA SIRENA FURIOSA, por Luis Araquistain.—Ilustraciones de *Echea*.
- 37 EL TERCER FAUSTO, por Alfonso Hernández-Catá.—Ilustraciones de *Riquer*.
- 38 LOS OJOS VERDES DE OTILIA, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 39 LA FARSA VIVA, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Ochoa*.
- 40 LA AVENTURA DE ROMA, por Margarita Nelken.—Ilustraciones de *Gil de Vicario*.
- 41 EL REGALO DE LA MUERTE, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 42 LA HORA DEL PECADO, por Alvaro Retana.—Ilustraciones de *Antonio Juez*.

- 43 EL VIEJO DEL PASO DE LOS INGLESES, por Vicente Blasco Ibáñez. — Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 44 UNA HORA MALA LA TIENE CUALQUIERA, por Antonio de Hoyos y Vinent. — Ilustraciones de *Ochoa*.
- 45 MEMORIAS DE UN BUZO, por Joaquín Belda. — Ilustraciones de *Reyes*.
- 46 ESCUELA DE REBELDÍA, por Salvador Seguí, "Noy del Sucre". — Ilustraciones de *Máximo Ramos*.
- 47 EL PECADO PRETÉRITO, por R. Caninos-Aassens. — Ilustraciones de *Riquer*.
- 48 AL VOLVER A LA VIDA, por "El Caballero Audaz". — Ilustraciones de *Máximo Ramos*.
- 49 EL ABISMO DE LA VOLUPTUOSIDAD, por Emilio Carrère. — Ilustraciones de *Reyes*.
- 50 LA DIVINA FIRUETA, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *Ochoa*.
- 51 CUATRO DÍAS EN EL INFIERNO, por Alfonso Vidal y Planas. — Ilustraciones de *Máximo Ramos*.
- 52 LOLITA, BUSCADORA DE EMOCIONES, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de *M. Redondo*.
- 53 PAPÁ SATURNO, por Cristóbal de Castro. — Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 54 LA VIRGEN CASADA, por Artomío Precioso. — Ilustraciones de *Ochoa*.
- 55 EL ILUSTRE CARDONA, por W. Fernánz y Fiórez. — Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 56 EL SULTÁN DE RECOLETOS, por Joaquín Belda. — Ilustraciones de *Linaje*.
- 57 LA TRISTEZA DE SENTIRSE CORDA, por Fernando Mora. — Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 58 EL COMEDIANTE FONSECA, por Vicente Blasco Ibáñez. — Ilustraciones de *Penagos*.
- 59 DOÑA PRUDENCIA, MUJER LIGERA, por Antonio de Hoyos y Vinent. — Ilustraciones de *Mansberger*.
- 60 EL SECRETO DE HORTENSIA, por R. López de Haro. — Ilustraciones de *Varela de Seijas*.
- 61 LAS VENDEDORAS DE CARICIAS, por Alvaro Retana. — Ilustraciones del mismo.
- 62 EL SIGNO DE SIVA, por V. Díez de Tejada. — Ilustraciones de *Ochoa*.
- 63 EL MEJOR DE LOS TRES, por Alberto Insúa. — Ilustraciones de *Penagos*.
- 64 ODIOS SALVAJES, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *M. Ramos*.
- 65 LO OCHO DE LA CAL, por Alfonso Vidal y Planas. — Ilustraciones de *Reyes*.
- 66 LUZ ROJA, por "El Caballero Audaz". — Ilustraciones de *Ochoa*.
- 67 EL PADRE JOSELITO, por Carlos Luis de Cuenca. — Ilustraciones de *Ramos*.

LA NOVELA DE HOY

Oficinas: Mendizábal, 42.

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año.....	14 ptas.
Semestre.....	8 —

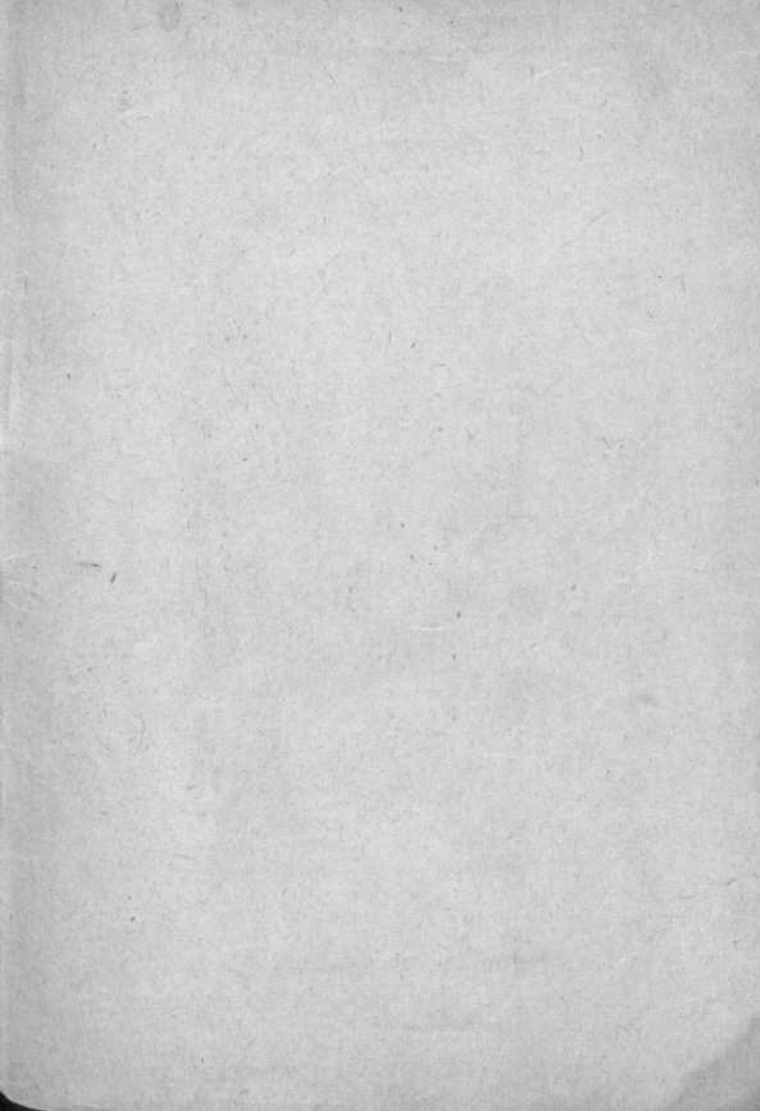
EXTRANJERO

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	14 —

PORTUGAL

Año.....	16 ptas.
Semestre.....	10 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correo. 1-1 1-1 1-1 1-1 1-1 1-1





LA NOVELA ^D HOY

DIRECCIÓN DE KINODIEMETRA (S.A.) MADRID.